

LA UNIVERSIDAD ESTATAL COSTARRICENSE Y EL PROYECTO DE "NUESTRA AMÉRICA"

*José Otilio Umaña Ch.**

A finales del siglo veinte, el panorama universitario costarricense dista mucho de cuanto sucedía hace poco más de veinte años. El Instituto Tecnológico de Costa Rica, la Universidad Nacional y la Universidad Estatal a Distancia acompañan a la Universidad de Costa Rica en la formación superior estatal de los costarricenses. Pero además, se cuenta con el funcionamiento de varios colegios universitarios y de un número creciente de universidades privadas. Ante ese estado de cosas, parece pertinente preguntarse, entre otros, si la universidad estatal tiene responsabilidades distintas de las asumidas por la universidad privada, o si la diferencia reside únicamente en la fuente de su financiamiento. Creyendo lo primero, este ensayo discute una opción de compromiso que, si bien se la declara en los estatutos orgánicos de nuestras universidades estatales, con frecuencia es olvidada en la práctica. Nos referimos al compromiso con la formación de un costarricense libre, capaz de preocuparse y de luchar por el beneficio de su patria; de manera particular, por quienes se ven privados de sus derechos fundamentales.

En un mundo que parece empequeñecerse, como resultado de intereses transnacionales homogenizadores, y debilitados los paradigmas que durante tanto tiempo sirvieron como base para la organización de nuestras sociedades, vemos, con preocupación, la posibilidad de un destino aún más incierto para América Latina. Nuestros países han experimentado una ya muy prolongada crisis de identidad y, si ésta ha constituido tradicionalmente su punto débil y el objetivo de quienes han pretendido dominarla, nos preguntarnos, ¿qué destino le aguarda cuando las empresas multinacionales encuentran el apoyo Incondicional de propios y ajenos para transformar nuestra mentalidad, nuestras conductas y hacernos un mercado apetecible? La educación, uno de esos "aparatos ideológicos de estado" bajo cuya responsabilidad, según Louis Althusser¹, está la vinculación ideológica, ha cumplido una función determinante al abrir paso al dominio de las potencias de turno. En tal sentido, cuanto se diga en este trabajo no es nuevo, pero sí urge que no se lo olvide.

Así como sucumben los paradigmas y cambian la condiciones históricas, los discursos se debilitan, se agrietan, pierden credibilidad, se neutralizan y, en algunos casos, se revitalizan e insertan nuevamente en los circuitos del sentido. De esa manera, la cultura de los pueblos toma su rumbo y los programas sociales son ejecutados. No se puede sobrevivir, individual y colectivamente, al margen del discurso. Los seres humanos estamos signados por el discurso de quienes nos han antecedido. La conciencia del sujeto nace

* Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional.

1 Althusser, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos de estado*. México: Ediciones Quinto Sol, 1985.

"con" y "de" la palabra, y ésta tiene millones de años de construir y reconstruir el mundo. La recibimos de los otros, de aquellos quienes, como hoy nosotros, tenemos la oportunidad de abonar otras palabras. Por eso, nada de cuanto se pueda decir es totalmente nuevo, ni neutro, ni desinteresado, ni apolítico. Todo discurso está llamado a tornar partido con el orden y la ley establecidos, o destinado a cuestionarlos y a desafiarlos en busca de un sentido renovado. No hay palabra capaz de vivir en la periferia de la realidad -ni siquiera la del loco- y quien así lo piensa se miente y se traiciona en aras de la objetividad de un limbo inexistente.

Esa clara conciencia del trayecto recorrido por la palabra explica el que, en su lección inaugural como miembro del Colegio de Francia, Michel Foucault expresara de la siguiente manera la sensación de que las suyas hablan si o dichas, o al menos precedidas, muchas veces antes. "Más que tornar la palabra", dijo en esa ocasión, "hubiera preferido verme envuelto por ella y transportado más allá de todo posible inicio. Me hubiera gustado darme cuenta de que en el momento de ponerme a hablar ya me precedía una voz sin nombre desde hacía mucho tiempo"².

Siguiendo el ejemplo de Foucault, queremos traer con nuestras palabras la de José Martí, ese magnífico y orgulloso hijo de América, sujeto insatisfecho con la ley y con el orden de su tiempo, visionario de la historia latinoamericana del presente siglo. Frente a una América presa de la ignorancia de la América anglosajona y acorralada era las contradicciones de una constitución republicana y una fuerte práctica caudillista, dictatorial e irrespetuosa de los principios republicanos, Martí llama a la consolidación del proyecto de Nuestra América. Ahora, en este- ensayo, se trae a discusión la palabra martiana para reflexionar sobre la universidad estatal costarricense, convencidos de que a ésta le compete una alta cuota de responsabilidad en el futuro de Costa Rica y en el del resto de América Latina. Lo hacemos por cuanto, con el paso del tiempo, él pensamiento martiano ha ganado vigencia, no obstante haber sido poco entendida por muchos en nuestro país y abandonado durante muchas décadas en la formación de los jóvenes. Hasta no hace mucho, Martí era para ellos tan solo la voz de ese delicado poeta de "Cultivo una rosa blanca" y "La niña de Guatemala".

EN LA ENCRUCIJADA DE NUESTRA HISTORIA

Ante la realidad en que vivimos, ante una América a quien, con frecuencia, le quieren cubrir su cara de horror y de injusticia con la máscara de la paz y el desarrollo, ante una Costa Rica presa en el mito de su divina perfección y en la retórica económica y política de quienes creen descubrir las soluciones a nuestros graves problemas en los

² Foucault, Michel. El orden del discurso. Barcelona: Tusquets Editores, 1987.

mismos centros de poder que, desde hace mucho tiempo, se alimentan con nuestra pobreza y con nuestros recursos, resulta difícil, y en oportunidades hasta un pecado, aislarse en la comodidad del silencio y de la complacencia. Y ese pecado ha sido y es parte de muchos costarricenses, quienes se refugian en la aceptación de una innata superioridad y en el desprecio solapado hacia los otros latinoamericanos. No es coincidencia, ni resultado de la, generación espontánea. Nuestro sistema educativo ha promovido actitudes de dependencia mediante la obediencia, el respeto ciego y el silencio. El pensamiento crítico, la inquietud de la interrogante, el sano enfrentamiento de opiniones, la reflexión y el libre ejercicio de la expresión con frecuencia han estado ausentes de nuestras escuelas, colegios y universidades. Por ello, resulta necesario romper el hilo que ata la conciencia y abrir paso a un proyecto de compromiso con la libertad de acción y de pensamiento.

En su ensayo "nuestra América", publicado en 1891, José Martí plantea la urgencia de que esta América nazca del conocimiento de su propia realidad y de la búsqueda de soluciones a partir de ese conocimiento. Nuestra América no puede comprarse ni en Europa, ni en Asia, ni en los Estados Unidos de América. Digna y tesoneramente, debe ser construida por nosotros. Para ello, es necesario conocernos como individuos y como colectividad porque, ¿cómo puede quien no se conoce tener certeza del papel que juega en la historia de estos pueblos? ¿Cómo puede quien ignora su pasado, su presente, su geografía, sus posibilidades y sus limitaciones, alzar la vista y ver más allá de los límites de su aldea? Reconocer a quienes viven en los centros de poder, a quienes frecuentemente nos venden cara su tecnología en desuso, sus productos y algo de su conocimiento, no es (re)conocerse como individuo ni como país, ni es saberse parte de una sociedad mayor.

Bien dice el Apóstol de la libertad que la verdadera independencia de los pueblos no viene con el "cambio de formas", esto es, con el cambio de soluciones importadas acríticamente, sino con el "cambio de espíritu". Ser independiente es ejercer la libertad de juicio ante los demás, pero, principalmente, ante quienes tercamente se empeñan en creer que su destino es dominar el planeta. Martí reclama el ejercicio de las "armas del juicio" porque las 'trincheras de ideas valen más que las trincheras de piedras". El cambio de espíritu no se logra imitando las formas. Imitar sólo nos estruja un poco más y nos conduce, irremediablemente, a las peligrosas trampas de la mentalidad aldeana. Imitar solo nos lleva a reverenciar a quienes imitamos y eso tiene un nombre: esclavitud. Los latinoamericanos, en especial los costarricenses hemos imitado hasta la saciedad. Lo hemos hecho a tal punto, que la imitación de lo extranjero se ha convertido en nuestra fascinación y en nuestro peor defecto. En ocasiones, ni siquiera hemos sido capaces de asumir lo de afuera mediante la apropiación juiciosa; lo tomamos, simplemente, como lo mejor posible y como respuesta a nuestra carencia. De ello no escapa ni el jeans que vestimos ni la educación que recibimos.

Los peligros de imitar son muchos; el peor lo constituye el creer que se puede ser pareciendo ser. Cuando se llega a ese estado de confusión, la identidad deviene una especie

de vacío y el espíritu tan solo un recipiente deseoso de contenidos. El esclavo cuyo cuerpo es sometido a la explotación inmisericorde tiene, como el Sísifo de Albert Camus, una posibilidad esperanzadora para su reivindicación: alcanzar su libertad en la independencia del espíritu. Quienes se lanzan a la vida y se satisfacen con la imitación burda de otros estilos de vida, sin ser capaces de asimilar lo extranjero sobre la base de nuestra propia realidad, tienen escasa oportunidad de una existencia auténtica. El espíritu se les deshace, la noción de compromiso les resulta agresiva y la voluntad de lucha les abandona.

El costarricense, pero de manera particular el profesional que se niegue la responsabilidad de conocer y de hacer cada día su patria, su América, es presa de la peor de las esclavitudes: la del espíritu y, al someterse, todo lo pierde, todo lo corrompe y se provoca la muerte. Muchos de esos hombres y mujeres aprendieron a ser esclavos en nuestras escuelas, colegios y universidades. Los vemos en nuestros campos y ciudades, tornando el autobús temprano en la mañana o conduciendo su flamante automóvil último modelo. Los vemos, día a día, haciendo impensables esfuerzos por sobrevivir al injusto reparto de cuanto Dios nos dio sin desigualdad, o haciendo fila para irse de compras a Miami. No hay diferencias sociales, políticas o económicas que les distingan, porque la esclavitud del espíritu recorre todas las jerarquías y todos los estratos. En su época, Martí lamentaba los resultados de la educación impartida por las universidades: "A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen". ¿Es acaso distinta la situación en nuestros días? ¿Qué hace la universidad estatal al respecto?

ALGO MAS QUE LA LUCHA POR UN PRESUPUESTO

La universidad, como lugar de reflexión, problematización y fuente de soluciones a los problemas nacionales tiene una responsabilidad de primer orden en la formación de los hombres y mujeres que nuestro país y esta América necesitan. Martí le ha señalado dos principios básicos para cumplir su misión. Primero, la realidad americana debe ser el punto de partida: "Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas".

Segundo: "(...) se imita demasiado, y (...) la salvación está en crea". Con base en estos dos fundamentos, la universidad debe formar el espíritu que ha de guiar y gobernar en Nuestra América. "Al venir a la tierra, todo hombre tiene ' derecho a que se le eduque', sostiene. Mas, pensando Martí la educación como un proceso liberador y no como un medio del sistema y de la ley para silenciar y reprimir nuestras posibilidades, se puede enunciar este principio en los siguientes términos: al venir a la tierra todo hombre y mujer tiene el derecho a ser libre. Y éste es, justamente, el compromiso superior que tienen las universidades estatales costarricenses.

La libertad del espíritu se construye a partir del libre ejercicio de la palabra: "Los

pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud". ¿Podemos confiar en quienes se protegen y triunfan con el silencio, la falsa modestia o el cumplido hipócrita? ¿Conviene alimentar el alma de nuestros jóvenes con esas actitudes? El ejercicio responsable de la palabra abre el camino a la verdad; quien no actúe de manera consecuente con cuanto dice y hace ineludiblemente abre el camino de la mentira. ¿Podemos confiar en quienes utilizan el discurso como si fuera un arma para amedrentar y asesinar, silenciosamente, a quienes piensan y viven de manera distinta? Los hombres y mujeres solidarios no encuentran oposición entre su pensamiento, la voluntad que los anima y sus palabras. ¿Podemos confiar en quienes utilizan la palabra como escudo y no como expresión de sus verdaderas intenciones? La palabra en boca de esos hombres y mujeres funciona como el más peligroso de los venenos, o la más dañina de las enfermedades. A nuestras universidades les corresponde la enseñanza de un ejercicio libre y veraz de la palabra.

Ciertamente, la lucha de nuestras universidades ha de tener como norte la forja de un espíritu independiente en todos los que tengan contacto con ella. Pero... ¡cuidado! Con frecuencia, para algunos el espíritu se convierte en cosa misteriosa, inaprensible e impensable, en algo a lo que no se sabe cómo llegar y qué hacer. Preparar a jóvenes y adultos para el mundo, como muchos pedagogos y políticos pregonan, es entendido a menudo como un medio provechoso para someterlos a las fuerzas que, desde dentro y fuera de nuestras fronteras, nos constriñen la decisión y nos obstruyen el camino.

Las influencias extranjeras acuerpadas en distintos momentos por la Alianza para el Progreso y el Fondo Monetario Internacional, por citar solo dos ejemplos, han conseguido que buena parte de la educación costarricense deje a un lado el compromiso con la propia realidad y se decida, a veces muy alegremente, a imitar a los centros hegemónicos. Esa educación preocupada por formar ciudadanos listos para ajustarse a las condiciones del mercado, o para emprender la búsqueda de su destino individual en los centros del poder, no nos hace respetuosos de los demás, sino seres temerosos; no nos hace innovadores fuertes, sino débiles imitadores; no nos hace sujetos solidarios, sino individuos solitarios; no nos hace mentes críticas y fuertes, sino parásitos complacientes y resignados. Esa educación se erige como el peor enemigo de quienes creen en la formación de las presentes y futuras generaciones a partir del conocimiento verdadero de la realidad.

A nuestras universidades no les debe atar el bárbaro deseo de convertirse en maquila de tecnócratas; esos doctores, másteres, licenciados y bachilleres diestros en aplicar recetas que les llegan del extranjero y que nos dictan cómo debemos ser y cuál es nuestro destino. A nuestras universidades les corresponde dar el ejemplo de una batalla constante que va mucho más allá de las desgastantes y costosas luchas por el presupuesto. Les corresponde luchar, en su interior, por ser altamente eficientes y productivas, por liberarse de las ataduras burocráticas que detienen y debilitan la academia, por desligarse de quienes no se comprometen con su propio mejoramiento y con la sólida formación de

sus estudiantes.

La universidad estatal ha de ser lugar donde jóvenes y adultos aprendan a conocer a Nuestra América y a resolver los problemas de esta América. Costa Rica espera de sus universidades la formación de hombres y mujeres que la vivan con conocimiento y quienes, sin tregua, la defiendan de la entrega que de ella han hecho a las potencias de turno esos que, enegrecidos por el poder, la fortuna y la ignorancia de su propio terruño, solo alcanzan a mirar hacia afuera y a copiar las formas. Le corresponde rescatar al sujeto de una enajenación que ahora se mira como natural de la idiosincrasia costarricense; con tal propósito, debe "humanizarlo", esto es, insertarlo en la realidad donde vive como persona consciente de sus posibilidades y limitaciones.

Humanizar ha sido la respuesta dada en el pasado y, con alguna frecuencia, al pretender humanizar hemos enajenado. Para algunos, humanizar constituye un gesto misterioso que efectúa una transformación profunda en el estudiante. Supuestamente, se lo humaniza poniéndole a leer textos de historia, de literatura, de lengua y de historia de la filosofía; como si la naturaleza de esos textos fuera una especie de varita mágica para abrir la mente a la verdad y transformar las conductas. A veces, se lo hace bajo la forma de clases magistrales, donde queda muy claro que quien sabe y puede es el docente. Con tales procedimientos, se robustecen los patrones de dependencia, respeto, silencio y obediencia aprendidos en la escuela y el colegio. Pero, además, no se humaniza al estudiante con tres o cuatro cursos de "humanidades". Eso necesita de un proceso al cual deben integrarse todos los cursos de un plan de estudios. Se humaniza al estudiante cuando éste encuentra sentido en lo que aprende, en las razones por las cuales se decide por un campo específico de conocimiento y en las responsabilidades asumidas con tal decisión.

Si el estudiante filosofara, si reflexionara sobre los hechos históricos y los relacionara con su presente, si aprendiera a expresar el pensamiento de manera apropiada, todo ello como una forma de ver el mundo en su doble estatuto de lugar para existir y de objeto del conocimiento, se le estaría humanizando. Hacerlo leer para memorizar, repetir y dar respuesta a las preguntas que sospecha, de antemano, le han de hacer sus profesores no es humanizarse, sino encadenarse a la letra del texto. Si el estudiante aprendiera a investigar sobre la base de una actitud cuestionadora y la seguridad de contar con los conceptos exigidos por esa actividad, podría entender el mundo con mayor conocimiento de causa y alcanzar una existencia más auténtica. No conviene dejarle pensando que investigar es dar con lo dicho por otros y armar un reporte escrito de forma más o menos lógica. Eso puede tener algún sentido en la escuela 'primaria o en el colegio, nunca en la universidad. La formación universitaria busca el conocimiento y no el pseudo conocimiento, la innovación y no la copia; tampoco busca el plagio revestido de formalidad.

A MODO DE EPILOGO

A todo estudiante y académico universitario le haría muy bien pensar que su compromiso no es solo con una holgada situación económica, ni con el prestigio, ni con la desaforada acumulación de títulos, sino también y quizá principalmente, con quienes no disfrutan el derecho de vivir como personas; con esos miles de niños, hombres y mujeres carentes de las condiciones mínimas para una vida honesta; con esas multitudes que, por no heredar fortuna de sus padres, están condenados a la explotación de por vida; con quienes, por sus preferencias religiosas, les es negada la cabida en el reino de los cielos desde la Tierra; con quienes, por su orientación sexual o por su sexo, están condenados a casi no ser, a ser sujetos marginales y parias vergonzantes; en fin, con quienes viven atrapados por el silencio en un mundo donde la palabra confiere poder y derechos.

El mundo todo se encuentra en una encrucijada. Los pueblos deben, sabiéndose parte del planeta, asirse a todo cuanto les garantice su identidad y un futuro honroso. La humanidad se ha visto arrastrada por marejadas de inconciencia, por la prédica de lo absurdo y por una falta de compromiso, los cuales le han socavado a la convivencia humana principios tales como la solidaridad, el respeto, la justicia y el derecho a vivir decorosamente. Se ha sobrevalorado la individualidad egoísta y el sentido de la existencia ha sido reducido al corto lapso que nos corresponde vivir individualmente en el planeta. Asistimos a la destrucción de la Tierra, mientras olvidamos la sabiduría de palabras ya dichas. El olvido parece garantizarnos la independencia; pero, el olvido es una forma de negación y la negación una manera segura de morir.

Al inicio de este ensayo, expresamos la certeza de que otras voces nos habían antecedido. Invocamos la voz de José Martí, pero sabemos que, aunque no se hayan pronunciado sus nombres, las palabras de Simón Rodríguez, Andrés Bello, Omar Dengo, Joaquín García Monge y de muchos otros ciudadanos de esta América constituyen sonoros ecos que nos indican hacia dónde tomar y qué hacer. En medio de todo, subsiste el genuino optimismo y la real esperanza de que este país y esa América que desgarran el alma de Martí han de encontrar el sitio al cual tienen pleno derecho.